

DEMOCRACIA Y CAPITALISMO: LOS PEORES SISTEMAS A EXCEPCIÓN DE LOS OTROS CREADOS HASTA EL MOMENTO*

Entrevista a Richard Rorty**

THEMIS-Revista de Derecho se enorgullece en presentarle a uno de los intelectuales más influyentes de los Estados Unidos, al filósofo contemporáneo más importante del referido país y, qué duda cabe, uno de los más significativos del mundo.

Es un notable representante de la escuela filosófica del pragmatismo y controvertido poseedor de un estilo irónico, incisivo y de cuestionamiento constante. Sus polémicas ideas filosóficas y políticas se encuentran bajo un ataque constante, tanto así que en su país es catalogado por la derecha como "relativista" e "irresponsable", mientras que la izquierda considera que sus planteamientos no establecen los fundamentos suficientes para la justicia social (situación que, por sí sola, denota su enorme importancia).

*Los invitamos a disfrutar de una entrevista que se aleja de debates filosóficos complejos y que, más bien, logra un acercamiento a las ideas de este "incorregible"*** intelectual sobre cuestiones ligadas al Derecho y a la política internacional contemporánea.*

* Las preguntas de la presente entrevista fueron elaboradas por la Comisión de Contenido de THEMIS, con la colaboración de José Carlos Loyola, Bachiller de la Facultad de Humanidades, con mención en filosofía, de la PUCP. La traducción de la entrevista estuvo a cargo de Jimena Aliaga Gamarra, miembro de la Comisión de Contenido de THEMIS. Agradecemos a Pablo Quintanilla, Ph. D. en Filosofía por la Universidad de Virginia y profesor del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú quien nos facilitó la presente entrevista. El nombre de la entrevista fue inspirado por una de las frases más celebres de Winston Churchill, ex Primer Ministro británico, incluida en su discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes el 11 de Noviembre de 1947: "La democracia es la peor forma de Gobierno a excepción de las otras formas que se han intentado hasta el momento".

** Fue profesor de Filosofía de la Universidad de Princeton hasta 1983 y luego profesor de Humanidades de la Universidad de Virginia. Actualmente es profesor emérito de Literatura Comparativa y Filosofía de la Universidad de Stanford. Dentro de sus abundantes trabajos pueden resaltarse: "La filosofía y el espejo de la naturaleza" (1979), "Objetividad, Relatividad y Verdad", "Contingencia, Ironía y Solidaridad" (1989), entre otros.

*** En el humorístico Diccionario de Filosofía (*Philosophical Lexicon*) creado por el filósofo estadounidense Daniel Dennett's, Rorty es definido como "incorregible".

1. De lo que entendemos de sus obras, para un pragmático algo puede ser considerado "mejor" en tanto cumpla de mejor forma su objetivo o propósito. De esta forma, podríamos argumentar que el liberalismo es mejor que otros sistemas ya que evita las tiranías y, además, la crueldad. Sin embargo, no podemos evitar pensar que estos propósitos o fines están ligados a los intereses de cada cultura, muchas de las que no comparten los mismos sistemas de valores que nosotros. De ser este el caso, es difícil imaginar entonces que, por ejemplo, un sistema de gobierno es "mejor" que otro, a menos que se establezca un criterio de comparación "objetivo". Por ejemplo, bien podemos explicar que la democracia es "mejor" porque nuestra evolución histórica nos ha permitido darnos cuenta que ciertos valores como la libertad, igualdad y otros, convertidos en Derechos Humanos luego, son importantes para vivir en paz. No obstante, generalizar estos valores no deja de parecernos una imposición.
2. En "Trotsky y las Orquídeas Salvajes", su ensayo autobiográfico, usted expresa que siente que los Estados Unidos "a pesar de sus atrocidades pasadas y presentes y errores, y a pesar de su continua voluntad de elegir idiotas y truhanes al poder, es un buen ejemplo del mejor tipo sociedad inventada hasta ahora". En el escenario actual, en el que la democracia parece haberse convertido en un dogma para el Gobierno de Bush, tanto que es impuesta para el "bienestar" de otros Estados –lo que podría calificarse como su más reciente atrocidad, irónicamente dejando de lado el derecho democrático a la libre determinación de los pueblos (es un Derecho Humano, después de todo) y contradiciendo a la par sus propias creencias–, ¿mantiene hasta ahora sus creencias?

Esto nos lleva a preguntarle si es que existe alguna forma de comparar "objetivamente" (y no nos referimos necesariamente a si la democracia tiene un valor inherente que pueda ser explicado a través de un concepto fundamentalista) los diversos sistemas, lo cual nos lleve al convencimiento de que la democracia es en verdad mejor y, por tanto, el que más nos conviene a todos.

Si es que no se está interesado en evitar la crueldad y la tiranía, lógicamente tampoco se va a tener interés en incentivar instituciones liberales. Si bien es cierto que algunas personas carecen de estos intereses, ¿por qué la existencia de las mismas debe dificultar para nosotros la argumentación de que estas instituciones son mejores que las alternativas? Occidente ha tenido bastante experiencia y, por lo tanto, ha visto muchos tipos de tiranías, a la vez que ha realizado muchos experimentos con la democracia. ¿Por qué llamar "imposición" a la experiencia ganada y a las lecciones aprendidas?

No creo que sea importante ni interesante discutir si la democracia es "objetivamente" mejor. Se la usa como un mecanismo para lograr ciertos fines –por ejemplo, evitar tiranías crueles–. La única pregunta interesante que pudiéramos formularnos es si existen mejores herramientas que la democracia para lograr tales fines. Yo dudo mucho que existan.

Sospecho que la guerra en Irak será el último gran intento de un gobierno estadounidense de manejar y redireccionar el curso de la historia mundial. Incluso si es que el partido Republicano logra hacer elegir presidentes tan ignorantes y tontos como George W. Bush, los recuerdos de la debacle de Irak evitarán que esos presidentes decidan aventurarse a tomar decisiones semejantes. Estos no compartirán la decisión de Bush de prestarse cientos de miles de millones de dólares de China para pagar una guerra que los impuestos de los estadounidenses simplemente no pueden costear.

Sin embargo, muchos de los intentos de redireccionar la historia que mi país realizó durante mi vida parecerán a los historiadores futuros no sólo dignos de elogio sino que también valientes. Por ejemplo: la decisión de Roosevelt de unirse a la guerra en contra de Hitler, el compromiso de Truman con la reconstrucción de Europa, con la contención del imperialismo soviético y con las Naciones Unidas. Otras parecerán estúpidas: la decisión de Eisenhower de derrocar el gobierno izquierdista de Guatemala, la negativa de Johnson de retirar las tropas de Vietnam, el derrocamiento de Allende por Kissinger, y la marcha de George Bush hacia el atoladero de Irak. No obstante, dudo que los historiadores puedan formular generalización instructiva alguna para identificar las lecciones a ser aprendidas de la historia de su auge y caída.

El carácter moral del imperio estadounidense, como el del imperio ateniense, romano y británico (y a diferencia del imperio soviético), permanecerá siendo ambiguo. Algunas de sus intervenciones militares podrán ser vistas como razonables y otras imprudentes. Algunas de las cosas que la CIA hizo

fueron claramente escandalosas, pero otras serán recordadas como sabias y prudentes. La admiración por los muchos actos de generosidad de los gobiernos americanos será sopesada con el desprecio que causan los muchos ejemplos de arrogancia cínica y de crueldad despiadada. Cada marca negativa que se le atribuya a los Estados Unidos irá al costado de un elogio.

Existe una diferencia entre la sociedad y el gobierno. La sociedad de los Estados Unidos es una sociedad buena que está siendo gobernada por gente mala. Exhorto a no confundir los Estados Unidos-nación –que cuenta con una historia larga y, a mi parecer, gloriosa– con las políticas particulares adoptadas por sus presidentes.

3. Usted se considera un intelectual izquierdista, un social-demócrata para ser exactos, que no promueve el fin del capitalismo pero que cree que las desigualdades deben desaparecer. También ha mencionado en “Los intelectuales y el fin del socialismo” que la sociedad capitalista no es injusta a pesar de las desigualdades existentes. ¿Cómo es posible afirmar que una sociedad es justa y, al mismo tiempo, que ella tenga grandes desigualdades? ¿Considera que la falta de una mejor alternativa es lo que hace al capitalismo deseable?

Churchill dijo célebremente que la democracia era el peor sistema político a excepción de todos aquellos que se han intentado hasta el momento. Lo mismo puede decirse del capitalismo: las formas alternativas de organizar las economías que se han intentado hasta ahora han resultado siendo peores que ésta. A su vez, el capitalismo no es tan injusto ahora como solía serlo: los partidos izquierdistas han impuesto límites a la actuación de los capitalistas y están en proceso de estipular más. Mi razonada es que establecer impuestos a las economías capitalistas para pagar por el bienestar de los estados es lo mejor que podemos hacer en el camino a la justicia social.

La persistente tendencia de la izquierda de usar al “capitalismo” como el nombre que recibe la raíz de todos los males es desafortunado siempre que nadie pueda explicar cómo construir una dinámica económica no relacionada al mercado, una que aproveche absolutamente la innovación tecnológica.

4. Como reacción al sistema liberal emulado por los Estados Unidos, muchos gobiernos latinoamericanos han decidido elegir pre-

sidentes izquierdistas. Algunos de ellos, como Chávez, han dado opiniones muy fuertes sobre el gobierno de Estados Unidos, extendiéndolas a dicho país en general. Este sentimiento negativo es compartido por buena parte de Latinoamérica y es reforzado por la guerra en Irak y Afganistán. ¿A qué atribuye dicho sentimiento?

La animadversión hacia los Estados Unidos, que es todavía común dentro de los intelectuales de Latinoamérica, se debe en parte al resentimiento surgido de su imposibilidad de usar su poder más sabiamente y, además, es reforzado por el hábito de buscar explicaciones profundas para cualquier evento. Ellos no están dispuestos a explicar lo que ocurre valiéndose de las idiosincrasias de políticos particulares o entendiendo los sucesos como consecuencia de ataques impredecibles (Sarajevo, junio de 1914; Nueva York, setiembre del 2001). En sus ojos, el curso de la historia no es un asunto de quién ganó ciertas elecciones o cuándo fue que se lanzó tal bomba, sino que es resultado de las inevitables maquinaciones detrás de procesos que sólo la investigación teórica abstracta puede identificar. Esta preferencia por lo abstracto tienta a los intelectuales a “diabolizar” a los Estados Unidos, a verlos como la encarnación de uno u otro espíritu maligno (por ejemplo: el Capitalismo Tardío, la Racionalidad Instrumental, el Individualismo Occidental). Crean que pueden entender mejor las acciones de Roosevelt o Bush viéndolos a través de lentes marxistas, Heideggerianos o Lacanianos.

Desconfío de tales intentos de relacionar la filosofía con la historia y ver a los Estados Unidos como la personificación de algo más grande que lo que es. Ni las cosas malas o las buenas que los Estados Unidos hizo durante su período de hegemonía serán descifradas por una mayor teorización abstracta. Debemos entender tales acciones mediante la descripción de cómo es que ciertas causas particulares han dado como resultado ciertos efectos particulares.

De aquí a cien años, después de que muchas narrativas hayan sido compuestas y comparadas las unas con las otras, sospecho que tanto los historiadores latinoamericanos como los chinos retratarán a los Estados Unidos como una nación que, a mediados del siglo veinte, estuvo motivada por un idealismo moral y no sólo por intereses propios. Franklin Delano Roosevelt fue notoriamente un político cínico y ladino, pero estaba realmente convencido de lo que decía cuando anunció que los Estados Unidos trataría de establecer “las cuatro libertades” (libertad de expresión, libertad de culto,

libertad de la pobreza y libertad del miedo) a una escala global. La vasta mayoría de sus conciudadanos compartieron sus aspiraciones de todo corazón.

Pero esos fueron los mejores tiempos de los Estados Unidos. Incluso en ese tiempo hubo gente influyente a la que sólo le importó incrementar su poder y riqueza, gente que quiso usar la política exterior estadounidense como un medio para tales fines. Estas personas no tuvieron escrúpulos al pintar a sus oponentes idealistas como partidarios del comunismo. Usaron la Guerra Fría para aumentar su propio poder. Lo que Eisenhower llamó "el complejo militar industrial" tuvo éxito al prevenir que el desarme nuclear sea tomado como una opción política seria, inclusive después de que el colapso de la Unión Soviética lo hiciera posible. Los niños crecieron sin el idealismo moral que la Gran Depresión y la guerra contra Hitler habían engendrado en sus padres. Gradualmente, en el curso de siete décadas, los chicos malos tomaron el poder hasta lograr que Roosevelt parezca un soñador poco práctico.

No tenía que ser de esta forma. Los chicos buenos pudieron haber ganado. No había nada en la naturaleza de la sociedad o cultura estadounidense que hiciera que su victoria fuera imposible. Los sueños que Roosevelt y Truman compartieron podrían haberse hecho realidad. Cuando los historiadores escriban sobre el siglo estadounidense expresarán, por supuesto, desilusión, ya que mi país perdió su oportunidad de salvar el mundo. No obstante, espero que reconozcan también que trató de hacerlo.

5. Somos concientes de la importancia que China tiene hoy en día en la economía mundial y, por ello, hemos escuchado que reemplazará a los Estados Unidos en su actual papel hegemónico en no mucho tiempo. ¿Qué opina al respecto?

Al haber repudiado el control estatal de la economía a favor del capitalismo salvaje, China pronto será lo suficientemente rica como para asumir el rol que los Estados Unidos jugaron durante mi vida. Así, en unas décadas más, las grandes decisiones serán tomadas en Beijing antes que en Washington. Cuando exista una crisis internacional (un inter-

cambio nuclear en el Medio Oriente, un colapso fiscal en Latinoamérica, genocidios en África) los gobiernos del mundo tratarán de predecir la reacción de China antes de preocuparse por la de Estados Unidos.

Si Naciones Unidas logra desplegar una fuerza de protección de la paz efectiva, será porque China decidió que la existencia de tal fuerza servía a sus propósitos. Si el desarme nuclear se logra y la civilización se preserva, será porque los futuros líderes de China resultaron tener mayor visión que los pasados líderes de los Estados Unidos. Y, si el ambiente se salva del calentamiento global y otras amenazas, será precisamente por la misma razón.

6. ¿Por qué considera usted que la literatura y las ciencias humanas son ramas del conocimiento con "mayor capacidad" que la filosofía misma para describir la realidad del hombre?

La llamada "realidad del hombre" no existe. Los seres humanos no tienen una naturaleza misteriosa intrínseca. El problema no es entender mejor la naturaleza humana sino hacer que los seres humanos sean más felices. La literatura es más útil para lograr este último objetivo que la filosofía, porque hay formas de sufrimiento humano que la literatura puede hacer vívidas de una forma que la filosofía no puede. Leer literatura que, vívidamente, describe la crueldad y el sufrimiento experimentado en partes remotas del mundo ayuda a la gente a apreciar la necesidad de la existencia de instituciones globales que promuevan el cumplimiento de las esperanzas puestas en la Declaración de Helsinki. Si es que nos limitamos a saber quién sufre y en qué formas, y a experimentar con las instituciones con que puede aliviarse el sufrimiento, podemos entonces ignorar la pregunta: ¿Qué es el hombre?

7. ¿Considera que las personas más educadas tenderán a recurrir menos a su léxico último¹ en tanto la educación significa una menor posibilidad de adoctrinamiento? En ese orden de ideas, ¿es el fundamentalismo una respuesta irracional frente a la imposibilidad de argumentar más allá del léxico último?

¹ Nota del Traductor: Richard Rorty entiende por léxico último el conjunto de palabras que los seres humanos emplean para justificar sus acciones, sus creencias y sus vidas. Y se entiende que es último en el sentido de que, si se proyecta una duda acerca de la importancia de esas palabras, el usuario de éstas no dispone de recursos argumentativos que no sean sino circulares. El conjunto de palabras que permiten justificar nuestras creencias, acciones y vida, es lo que entiende por léxico último. Sobre el tema, ver su obra titulada: "Contingencia, Ironía y Solidaridad". Asimismo, para un desarrollo del mismo libro puede verse: VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo. "R. Rorty: Pragmatismo, Ironismo Liberal y Solidaridad". En: A parte Rei, Revista de Filosofía. Disponible también en la siguiente dirección electrónica: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/vasquez39.pdf>.

Mientras más educada sea la gente más imaginativa se volverá, y mientras mejor pueda ponerse en la situación de otras personas logrará tomar decisiones más serias sobre las alternativas sociopolíticas que puedan proponerse. Estas personas son más fáciles de persuadir para que cambien sus lenguajes finales y, por tanto, de convertir a nuevas formas de pensamiento.

El fundamentalismo no es exactamente “irracional” pero es una forma de detener el diálogo. Es una excusa para no ser imaginativo, para negarse a ver más allá de nuestras convicciones y categorías presentes y a tomar en serio las alternativas propuestas.

8. A nosotros, estudiantes de Derecho, se nos ha venido repitiendo que la justicia es el fin principal del Derecho. Al leer su ensayo “La justicia como una lealtad ampliada” se nos presentó un nuevo concepto de justicia, uno relacionado con una lealtad ampliada, que incluye no sólo a aquellos que, por ser como nosotros, sentimos que debemos proteger, sino que también acepta la diferencia; al mismo tiempo, dicha lealtad ampliada no tiene como base obligaciones morales resultantes de la “razón”, como exponen los kantianos, o un mandato divino, sino que se fundamenta en un lazo sentimental.

Si la Justicia no está definida entonces por nociones fundamentalistas como la “razón” o la “racionalidad” que puedan “objetivamente” ayudarnos a distinguir lo justo de lo injusto, entonces el supuesto objetivo último del Derecho ha cambiado también. Si éste es el caso, ¿cuál considera que es el fin fundamental del Derecho y cuál es su relación con la justicia?

El objetivo principal del Derecho es el orden social. Algunos sistemas legales son menos crueles y más justos que otros. Podemos descubrir qué sistemas son innecesariamente crueles no sólo usando la razón sino imaginando y experimentando con sistemas alternativos en los que el sufrimiento pueda ser menos extendido o menos intenso. La pregunta de si el llamado a sociedades más justas – sociedades en que existe menos sufrimiento innecesario– proviene de la “razón” o de los sentimientos es una que no necesitamos responder

puesto que la respuesta a esa pregunta meramente filosófica no estará relacionada con la pregunta práctica de qué instituciones sociales y legales se debe preservar, cuáles modificar y cuáles abolir.

9. El Pluralismo es uno de los conceptos más importantes en el pragmatismo, su utilidad consiste en que cuestiona aquella posición que considera que la realidad es una y absoluta, y donde la tarea del filósofo consiste en describir esa realidad correctamente. Sin embargo, muchas veces se ha criticado que al tratar de superar ese esencialismo filosófico, el Pluralismo se ha convertido, más bien, en una forma sutil de esconder una oposición relativista. Es decir, afirmar que la realidad puede adoptar diferentes manifestaciones es afirmar que no existen verdades objetivas sobre cuales basar nuestras creencias, valores y costumbres. Quisiéramos saber cuál sería la respuesta a esta crítica desde el Pragmatismo. ¿Cuál es el límite entre el relativismo y el pluralismo?

No creo en la idea de que existen “verdades objetivas sobre las cuales basar nuestras creencias, valores y costumbres”¹¹. Nosotros adoptamos y llamamos verdaderas a las creencias que consideramos justificadas. La pregunta de si éstas son objetivamente ciertas es una que no sabemos cómo responder. Añadir “objetivamente” a la “verdad” no nos lleva a nada concreto.

No existe una “posición relativista”. Nadie sustenta que todas las creencias son igualmente buenas o que debemos dejar de discutir sobre qué creencias debemos mantener. Continuaremos teniendo discusiones sobre lo que debe hacerse, así creamos que la verdad es una cuestión de correspondencia con la forma en que las cosas son “objetivamente” o se crea, como nosotros los pragmatistas, que esta noción de correspondencia es inútil.

10. En el Derecho existen muchos conceptos que pueden considerarse “lastres esencialistas”; uno de los más importantes es aquel que consagra: “Derechos Humanos Inalienables o fundamentales”. La importancia de este concepto es tal que es el soporte mismo de nuestros sistemas jurídicos, y son muy pocos los que han advertido la fragilidad de tener un sistema jurí-

¹¹ Nota del traductor: El pragmatismo tiene entre sus ideas más resaltantes el rechazo a la verdad entendida como objetiva, por tanto al fundamentalismo y esencialismo, proponiendo un concepto de verdad circunstancial no del todo relativa, sino que sujeta a convenciones.

dico que dé por absoluto un concepto así, por lo que no se han hecho los esfuerzos por tratar de mejora dicho concepto, ni siquiera cuestionándolo. ¿Cree usted que la mejor forma tratar de fundamentar nuestro sistema jurídico es desde un concepto que pretende ser absoluto e incuestionable, o existe una mejor manera de hacerlo?

La cuestión sobre si una noción es “absoluta” tiene tan poca importancia como la de saber si la verdad es objetiva. Todo lo que sabemos hacer es debatir alternativas esperanzados en encontrar creencias que puedan ayudar a darnos cuenta de nuestros objetivos. La Declaración de Helsinki nos da buenos candidatos para adoptar creencias, candidatos cuyos méritos pueden discutirse sin la preocupación de si es que los derechos enumerados son “fundamentales e inalienables”. Estas expresiones son sólo adornos retóricos.

11. Aquello que llamamos “moral” en las diversas culturas humanas, se presenta muchas veces a modo de imperativos para la conducta individual. Usted señala en su libro “Esperanza o conocimiento” que este ámbito moral no es necesariamente distinto del ámbito de la prudencia, a saber, el de nuestras disposiciones de conducta cotidianas, socialmente condicionadas. Este ámbito de la prudencia supone siempre un cálculo sobre las consecuencias de nuestros actos, en una palabra, sobre su utilidad. ¿Podría entenderse a partir de ello que, según su opinión, no es posible excluir del discurso sobre la moral un discurso sobre la utilidad de nuestras acciones a nivel individual?

La única forma de tachar la moral –de forma opuesta a lo meramente prudencial o a lo

meramente útil– es en términos de la importancia que tiene en nuestra vida. Desde mi punto de vista, una cuestión moral es una que tomamos tan seriamente que preferiríamos morir antes que estar en el lado equivocado. Es desafortunado que la tradición platónica-kantiana haya tratado de hacer una distinción de clase entre la moralidad y la prudencia en vez de trazar simplemente una distinción en el grado de importancia. Platón y Kant inventaron una facultad llamada “razón”, que viene a ser la fuente de las obligaciones morales, porque pensaron que al hacerlo podrían incentivarlos a ver tales obligaciones como “absolutas” e “incondicionales”. No obstante, estos términos resultan siendo mera retórica vacía. De ahí que no crea que su invención haya cumplido propósito útil alguno.

12. ¿Cuál es su opinión respecto de la política norteamericana que está guiando el rumbo de Occidente en este momento? ¿Considera usted que más que un avance es un retroceso en la comunicación con otros pueblos? ¿Qué impacto a futuro ve en esta ideología?

La mayoría de las políticas adoptadas por el Gobierno de Bush me parecen malas y peligrosas, particularmente su decisión de convertirse en un unilateralista. Lamento muchísimo su negativa para procurar un consenso multilateral sobre cómo manejar la proliferación nuclear y para organizar fuerzas de protección de la paz supranacionales. Creo que lo que importa no es la comunicación entre las culturas, sino la comunicación entre los gobiernos respecto de iniciativas prácticas. Los gobiernos de China, India, Perú, Brasil, Francia, los Estados Unidos y Sudáfrica no están separados por diferencias culturales, todos ellos tienen los mismos intereses.